

Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma
Excmo. Sr. Delegado del Gobierno
Excmas e Ilmas. Autoridades Judiciales, Militares y
Civiles
Sras. y Sres.

Pocas veces en la historia de la literatura española se han dado casos tan específicos, tan destilados y puros, como el de José Luis Castillo-Puche. Habría que remontarse a autores de tan grato recuerdo aún para nosotros como D. Francisco de Quevedo o el llamado *monstruo de los ingenios*, Lope de Vega, para encontrar esa particularidad, casi de índole mágica, en la que vida y literatura son lo mismo y una única cosa. Y eso, sin despreciar lo ficcional, lo inventivo, lo imaginativo que todo buen escritor debe tener en cuenta, pues lo vivido y lo soñado siempre serán -lo queramos o no- las dos caras de una misma moneda.

José Luis Castillo-Puche ha querido –y ha sabido- convertir en materia novelable todo aquello que le ha rodeado desde su más tierna infancia. Ha convertido a su Yecla querida y entrañable en una Hécula mítica que ha inmortalizado a través de conocidas novelas suyas como “Con la muerte al hombro” o “El vengador”. Ha extraído retazos de su propia vida para mitificar su estancia en Murcia durante los días más tristes y sanguinarios de nuestra guerra civil, como podemos observar en su novela “El perro loco” en donde, como en otros relatos suyos, aparecen, con nombres y apellidos, determinadas calles de nuestra capital, y podemos reconocer en ciertos nombres de personajes de la obra a los habitantes de una Murcia que sólo se fue en lo referente al dolor de aquel tiempo, pero cuyo espíritu de cordialidad, cuya hermosura, sigue intacta.

Castillo-Puche ha sido –como ha reconocido en la prensa de nuestra región el propio Arturo Pérez-

Reverte- un maestro de maestros en el mundo del reporterismo. Antes que los De La Cuadra Salcedo, que los Manu Leguineche o Pérez-Reverte, Castillo-Puche era un asiduo de los conflictos bélicos, enviado especial de distintos medios de prensa españoles.

Sus experiencias en el antiguo Congo Belga, en todos los países latinoamericanos, que recorrió de punta a punta, o en Cuba o en Idaho, lugar perdido de los Estados Unidos donde conoció y conversó con los pastores vascos, le han servido para, con posterioridad, elaborar sus obras de creación y también ensayísticas. Sirva como ejemplo ese libro, reeditado recientemente por la Consejería de Presidencia de nuestra Comunidad Autónoma, titulado “América de cabo a rabo” y en el que se refleja fielmente su espíritu inquieto, su alma de andarín empedernido que quiere ver el mundo no como un turista, sino como viajero, para luego contarlo por escrito y deleitarnos y sorprendernos con

sus aventuras, mezclando sutilmente lo humorístico con lo esperpéntico.

José Luis Castillo-Puche es, junto con Rafael Sánchez Ferlosio, el último superviviente de una generación ya perdida para siempre; una gloriosa Generación del Medio Siglo de la que formaron parte autores y autoras como Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos o Ignacio Aldecoa, con los que el propio José Luis mantuvo siempre una gran amistad y contacto continuo en el ya histórico y añejo Café Gijón de Madrid.

Algo tendría José Luis para poder granjearse la amistad y simpatía duradera de escritores de talla universal como Azorín, Pío Baroja, Dámaso Alonso, Ramón J. Sender o el estadounidense Ernest – Ernesto le llamaba con toda camaradería Castillo-Puche- Hemingway. Fue éste último quien quiso conocer a Castillo-Puche en persona después de haber caído por casualidad en sus manos una novela

titulada “Con la muerte al hombro”, que el escritor norteamericano consideró vital para el desarrollo de una literatura española que, tras la guerra civil, emergía de sus cenizas, muy perezosamente, atada a la férrea censura de la época.

Castillo-Puche ha sido siempre –y bien que se ha jactado de ello- el alumno díscolo de la literatura española al colgar las sotanas para convertirse en escritor, en contra de la voluntad de su madre, que tantas esperanzas había puesto en ver a su hijo vestido de sacerdote. Hoy, recuerda de vez en cuando José Luis, ya podría ser arzobispo, y quién sabe si algo más.

Castillo-Puche es un hombre que siempre ha preferido ir a su aire, de ahí que, de vez en cuando, haya tenido algún que otro disgusto con ciertas autoridades e instituciones que en todo momento ha resuelto muy deportivamente, con esa sonrisa de la que siempre ha hecho gala y que le convierte, a sus

ochenta y dos años ya cumplidos, en uno de los seres más alegres y optimistas de nuestro planeta.

Castillo-Puche tiene, además, esa particularidad de la que sólo hacen gala los genios de ser un hombre disciplinado que va allá donde se le llama, y por eso está hoy aquí, obediente como un colegial, nervioso e ilusionado, quizá, como quien acude a su primera cita.

A José Luis Castillo-Puche se le devuelve, siquiera simbólicamente, ese cariño, ese amor entrañable y desinteresado que él tantas veces le ha dado a Murcia a través de sus obras de creación, a través de sus ensayos y artículos periodísticos cuya música de fondo siempre ha sido la celestial música de las campanas de nuestra catedral.

Esa Murcia en la que transcurrió su infancia y se formó su juventud, la Murcia del encuentro con la literatura, con la amistad, con la vida que transmite

en su murciana obra. La Murcia que moldeó su espíritu para la libertad, la que dejó un día para volver siempre a Murcia, a la tierra que le quiere y reconoce su valía y proyección internacional.

De ahí que sea merecedor de este galardón que él se ha sabido ganar a pulso, día a día, comportándose como un hijo adoptivo preclaro que, aunque nacido en Yecla y vecino de Madrid, nunca olvida sus ancestros, su pasado, los vínculos que, ya para siempre, le unen a esta tierra que le acoge –y él lo sabe- con los brazos abiertos.

Por ello, es de justicia que hoy la Ciudad de Murcia le acoja en su seno destacándole Hijo Adoptivo de Murcia en atención a sus innegables méritos personales y profesionales.

Enhorabuena José Luis, y que tu ejemplo sea guía vital para las nuevas generaciones murcianas, y

gracias por el legado que nos dejas a los que te admiramos.

Muchas gracias.

Miguel Ángel Cámara Botía
Alcalde de Murcia

Murcia, a 17 de octubre de 2002